



Apuntes sobre las polémicas en la cultura argentina

Martín Kohan

Escritor

I

No es por mi disposición al eclecticismo (o pretendo que no lo sea) que me convencen con sus planteos tanto Jorge Panesi (*La seducción de los relatos*, Eterna Cadencia, 2018) como Alberto Giordano (*El tiempo de la improvisación*, Iván Rosado, 2019), aunque digan cosas opuestas. Me convencen porque argumentan bien (y así tocan mi fibra presocrática) y además porque presumo que, aun siendo contrarias, o puede que en razón de serlo, sus posturas, más que excluirse, bien pueden llegar a complementarse.

Panesi sale a interceptar y a desmentir una protesta que, en su momento, llegó a convertirse en un lugar común: el de quejarse por la falta de polémicas, el de echar de menos una época pasada en la que se pretende que sí las había, y tan álgidas como frecuentes. Panesi advierte que hay en eso una cierta idealización, una fantasía retrospectiva por la que se añora un estado de asamblea permanente con incesantes debates intelectuales y literarios, cosa que en verdad no existió, o no existió de tal forma y en tal grado.

Pero además de revisar el pasado (las ideas que del pasado nos hacemos), Panesi examina con cuidado el presente (el presente del artículo en cuestión, escrito en 2001), y nota que, contrariamente a lo que se esgrime como lamento, sí hay polémicas, sí se discute y se intercambian asperezas verbales; que no es otra cosa lo que en ese mismo tiempo están haciendo, para el caso, Horacio González, Horacio Tarcus, Carlos Correas, Beatriz Sarlo, etcétera.

Leo a Panesi: me convence.

Pero leo también a Giordano. Y Giordano también me convence.

Me convencen sus quejas agrias por la falta de debates en la literatura, ya se trate de los medios periodísticos, que en términos



generales se limitan a ser “publicistas de la actualidad”, o ya se trate de los medios universitarios, donde cunde el flagelo de lo políticamente correcto, donde disfrazado de tolerancia impera el más absoluto y radical desinterés por lo que puedan decir los otros, donde nada (o casi nada) se hace ni se dice sino para obtener algún rédito curricular en la trayectoria autopercibida ascendente del funcionario público que escala, y lo cierto es que nunca se sabe si aquel con quien se entablaría una discusión eventualmente filosa no será en verdad el futuro jurado de una tesis, el futuro jurado de un concurso, el futuro evaluador de un informe administrativo.

Las polémicas existen, en efecto. Pero casi sin caja de resonancia. Existen, como bien esgrime Panesi, pero existen tan acotadamente, tan en discreción, que se entiende que también, como hace Giordano, se las reclame por faltantes. La falta de resonancia las atempera y las asordina, por vehementes que puedan ser sus términos. Hay polémicas, en efecto, pero no un estado de polémica que las haga fructificar.



II

Cuando entré al equipo de trabajo de Josefina Ludmer, a comienzos de 1990, ella me dijo, a manera de elogio, que yo no le tenía miedo, que eso le gustaba de mí. No era un halago, era un desafío, y así lo entendí. Lo que me estaba diciendo, en verdad, no era que no le tenía miedo, sino que no se lo tuviera.

Por miedo, la obedecí, y aprendí a no tenerle miedo.

Así es que discutíamos a veces, incluso subiendo el tono. Discutíamos, por ejemplo, por las teorías de Theodor Adorno (para ella, una antigualla); o discutíamos por la literatura de Saer (para ella, un “escritor de siesta provinciana”). Por escrito, me animé a debatir dos veces con algunas de sus ideas. La primera, recuperando dos textos críticos que yo aprecié (el de Sandra Contreras sobre César Aira: *Las vueltas de César Aira*, y el de Julio Premat sobre Saer: *La dicha de Saturno*), en contra de la desestimación de Ludmer del trabajo sobre un autor, sobre una obra; pero esgrimí mi disenso de forma tan cautelosa, temerosa, insuficiente, que lo que di a entender fue lo contrario, que adhería así sin más a su posición, que me estaba meramente plegando a ella.

Me fue mejor la siguiente vez, expresando mi discrepancia con la noción de postautonomía que Ludmer propuso en *Aquí América Latina*. Fui más nítido y frontal, y dejé, según creo, más claro, que

mi gratitud a la formación que me dio Josefina Ludmer no excluía la posibilidad de animarme a discutir con ella. Ludmer apreció mi gesto (“Vos me discutís, acá nadie me discute”), con la misma sonrisa firme con que despreció mi enfoque (“¡Vos siempre con tu Adorno!”); y ahora me reconforta leer, en el libro de Giordano precisamente, la idea de que quienes mejor pueden captar una determinada idea son los que se resuelven a entablar una polémica con ella (y el ejemplo que da es justamente el de la postautonomía).

III

De nuevo Alberto Giordano: me detengo en su pregunta de crítico, de cuándo fue que al gesto de entrar en polémica se le empezó a decir “bardear” (agrego otro corrimiento: a criticar a alguien se le empezó a decir “pegar”). Giordano lo interpreta como lo que es: un tipo de tergiversación, por vía del agravamiento, que solo puede derivar en una disuasión, un desaliento del polemizar.

La identificación de la polémica con el bardo incentivó un repliegue de la polémica, a la vez que un avance del bardo. Y es que las polémicas defecionan por culpa de lo políticamente correcto, que enseña a guardar las formas, pero también por culpa de lo políticamente incorrecto, que confunde polémica con bardo y alienta a bardear en vez de polemizar. Los sacados que bardean agreden por cobardía; escasos de argumentos, exentos de inteligencia, se los deja en general hablando solos, masticando sus propios venenos. Y entonces no hay polémica alguna.

Me pregunto si no habrán sido los medios masivos de comunicación los que activaron esa distorsión de lo que se entiende por polémica; pienso, por ejemplo, en el griterío tribunero de Polémica en el fútbol o en la endeble distribución de roles de Polémica en el bar. O en esos tantos programas, vespertinos por lo general, en los que chillaban los hermanos Süller, Adriana Aguirre y consorte, la buena de Samantha Farjat, el hijo del Gordo Porcel.

De hecho, recuerdo un ejemplar de *Ñ*, la revista cultural del *Diario Clarín*, que dedicó hace años su portada al tema de la polémica literaria. La ilustró con la imagen de una riña de gallos: ni escritores ni discusión de ideas, sino gallitos y riña. En el interior de esa revista, un hacedor de *best sellers* parecía querer darles la razón: a la manera de Jorge Rial, se metía groseramente en las vidas privadas ajenas; pero a diferencia de Jorge Rial, estaba muy mal informado y pifaba torpemente en quién era esposo y esposa de quién, cómo andaban

los divorcios del ambiente, con lo que marcó probablemente el punto más bajo, el más mezquino y el más indigno, de la frustración de la discusión literaria.

Se trata entonces de aguzar el oído, como bien ensaya Panesi, para registrar las polémicas efectivamente existentes, y a la vez de reclamar para ellas, como bien hace Giordano, otra caja de resonancia, más rebote y repercusión. Y se trata, por fin, de distinguir el polemizar del bardear, el criticar del pegar, para recuperar el hábito de los debates en toda su intensidad, incluso en su agresividad de disputa, por fuera de los pequeños violentos que posan en falso de polemistas, para esgrimir apenas la verdad malsana de su resentimiento estéril.

Martín Kohan (Buenos Aires, 1967). Enseña teoría literaria en la Universidad de Buenos Aires. Publicó siete libros de ensayo: *Imágenes de vida, relatos de muerte. Eva Perón, cuerpo y política* (en colaboración, 1998), *Zona urbana. Ensayo de lectura sobre Walter Benjamin* (2004), *Narrar a San Martín* (2005), *Fuga de materiales* (2013), *El país de la guerra* (2014), *Ojos brujos* (2015) y *1917* (2017); tres libros de cuentos: *Muero contento* (1994), *Una pena extraordinaria* (1998) y *Cuerpo a tierra* (2015); y diez novelas: *La pérdida de Laura* (1993), *El informe* (1997), *Los cautivos* (2000), *Dos veces junio* (2002), *Segundos afuera* (2005), *Museo de la Revolución* (2006), *Ciencias morales* (2007), *Cuentas pendientes* (2010), *Bahía Blanca* (2012), y *Fuera de lugar* (2016).

